

REUNION DE MESA REDONDA
PARA DISCUTIR LOS MEDIOS DE INTENSIFICAR
EL CONOCIMIENTO MUTUO ENTRE LOS PAISES DE AMERICA

(San Juan, Puerto Rico, 23-28 de abril de 1956)

José Agustín Balseiro

CONFRONTACION DE LAS AMERICAS

Esta conferencia fué originalmente pronunciada en inglés en varias universidades de Estados Unidos y publicada en uno de los boletines del Instituto Hispanoamericano de la de Miami (Florida). Más tarde fue dicha, en castellano, durante el verano de 1954, en numerosas instituciones y centros intelectuales de nueve repúblicas del hemisferio occidental. La ofrecemos ahora a nuestra Mesa Redonda a modo de contribución al tema central de la misma.

DEPARTAMENTO DE ESTADO
Estado Libre Asociado de Puerto Rico

1
9
5
6

CONFRONTACION DE LAS AMERICAS

Para los habitantes de Estados Unidos es de valor fundamental saber lo que piensan y sienten los de las otras Américas al mirar hacia el norte. Y no ha de preocupar menos a los de éstas conocer la actitud y la conducta de aquellos a propósito de los demás pueblos de nuestro Continente.

El vernos cara a cara --movidos por la sinceridad e inspirados en el afán de comprendernos mejor-- es saludable y noble tarea.

Mientras más nos acerquemos a nuestros vecinos por los senderos de la cultura desinteresada y de la amistad limpia, antes demoliremos los prejuicios siempre peligrosos para el desarrollo constructivo de la naturaleza humana. Los hombres de buena voluntad son los que intuyen que la introspección y el aislamiento pueden ser tan estériles entre las naciones como entre los individuos.

Decía Benjamín Franklin que Dios concedía al hombre no sólo el amor a la libertad sino, también, el derecho a extenderse por todas las tierras del mundo; de modo que al posarse en cualquiera de ellas, pudiera decir: "Esta es mi patria". He ahí el espíritu con que debemos mirarnos los de América. He ahí el ejemplo que, en la de habla española, dieron respectivamente un Bello, un Egaña, un De Hostos, un Martí, un Eloy Alfaro.

La cristiana universalidad del Evangelio persuade a la enseñanza de todas las naciones. Y de éstas las que deben ocuparle más la conciencia al intelectual del Nuevo Mundo son las que integran nuestro hemisferio.

La gloria sobresaliente de la Universidad de Salamanca, en sus días de máximo esplendor, basábase en la superación de estrechos na-

cionalismos. Sus cátedras no eran sólo para los españoles. Estaban abiertas a los extranjeros ilustres. (No olvidemos que universidad viene de universo.) De otra parte, al decretarse en España que sus súbditos habrían de abstenerse de estudiar en instituciones extrafronterizas--condenando así el intercambio de ideas y culturas--quedó marcada para la decadencia. Que toda cortina es aislador de voces y de luces. Y todavía en el siglo xviii tiene el inolvidable Padre Feijóo que luchar contra las limitaciones nacionalistas, haciendo compatible su hondo amor a la patria con la voluntad de universalizarla. Bien dijo el argentino Eduardo Mallea al escribir que "No hay nada más lóbrego y terrible que el nacionalismo de los hombres de razón corta". Porque ese es el que ciega y extravía. Ese el que imposibilita la colaboración necesaria entre hombres y pueblos recíprocamente necesitados de ella. Cuando Eugenio María de Hostos quiere probar el progreso intelectual de Chile, alude a "la adopción cariñosa de los extranjeros consagrados a las ciencias, a las letras y a las artes". Cuando Rubén, en su Canto, exalta a la Argentina, ve en ella a "la Argentina universal".

América debe ser siempre el Continente de la esperanza soñado por Bolívar para todos cuantos ansían vivir en paz de acuerdo con su propia manera de gobernarse. Fortalecidos por la afluencia de plurales inmigraciones, en el norte como en el sur, estuvo, desde sus orígenes, predestinada a establecer dentro de la cultura occidental un tipo ecléctico de civilización, pero característicamente propio. ¡Qué bueno si nuestras generaciones corrigen cuanto

tienda a separarse de esa orientación para consolidar y confirmar cuanto la amplíe!

Ya en 1699, Cotton Mather estudiaba en Norte América el español con el propósito de escribir un opúsculo sobre el cristianismo, que pudiera ser leído en los pueblos del sur. En el siglo xviii Benjamín Franklin fué traducido al castellano y conocido continentalmente. Alexander Garden, botánico de la Carolina del Sur, no era extraño a la curiosidad de los iberoamericanos. Las publicaciones del Dr. Benjamin ~~Smith~~ Barton acerca de la gota fueron traducidas e impresas en la Gaceta de Guatemala en 1801 y 1802. En Colombia, Francisco Caldas, sabio y alerta como pocos, publicaba noticias científicas de Estados Unidos en su Semanario de la Nueva Granada.

En 1781 el venezolano-universal Francisco de Miranda participó en el sitio de Pensacola, entonces capital de la Florida Oriental, peleando a las órdenes de los españoles y en contra de los ingleses que rindieron la plaza durante la revolución de las Trece Colonias. Dos años después, al ser injustamente condenado por un tribunal español en Cuba, Miranda halló generoso asilo en Estados Unidos. Su Diario (1783-84) es rico en datos minuciosos acerca de la nueva república.

Don Juan Egaña, nacido en Lima y figura de relieve en la vida civil de Chile, concibió un Plan de defensa general de toda la América, "después del 18 de septiembre de 1810 y antes del 26 de noviembre del mismo año", según explica el recopilador de sus Escritos inéditos y dispersos, el erudito Raúl Silva Castro. Pedía Egaña que

una América unida por las obligaciones y contribuciones que debía hacer el gobierno de cada uno de sus pueblos --"en armas, hombres y dinero para el caso de menor ataque o seducción de la Europa"-- fuera el remedio para las desgracias continentales. Pensaba que cuando los gobiernos de América vean que hay un tribunal sin cuya consulta no pueden fomentar guerras entre sí, no consultarán sus intereses sino los de la justicia, y los extranjeros que nos consideren sin dispensaciones y sin poder tenerlas, nos respetarán...

Y exaltando específicamente a la república de Washington, escribía Egaña:

La capital de los Estados Unidos de la América septentrional, que dieron primeros en nuestros tiempos el ejemplo de un pueblo enemigo del despotismo y por su propia energía sacudiendo el yugo de la tiranía se constituyó nación independiente, será el lugar del congreso en que se reunirán los plenipotenciarios de los estados de la Confederación

El objeto principal de este congreso será ajustar entre los estados de la Confederación una alianza defensiva y de garantía del sistema constitucional de cada uno de ellos, en caso que alguno fuese atacado por cualquier potencia que intente obligarlo por fuerza armada a sujetarse al mando de personas que no sean las de su libre elección, o a gobernarse por leyes que no sean conformes a sus intereses.

Y señala a Estados Unidos "como jefe de la Confederación".

El 17 de mayo de 1810 Don Telesforo de Orea, uno de los comisionados de la Junta Gubernativa de Caracas, se dirigía al secretario de relaciones exteriores en Washington con palabras de entusiasmo político: "Los Estados Unidos enseñaron a Venezuela el camino de la libertad y las virtudes sociales, y los pueblos de la América del Sur seguirán también en lo posible la constitución del Norte".

Un año después (1811) iba a Washington una comisión de Bogotá compuesta por Don Pedro de la Lastra y Don Nicolás Mauricio de

Umaña. Portaba un mensaje de Don José Miguel Pey, vicepresidente de la Junta Suprema de Nueva Granada, para entregarlo a Madison. De aquel documento son estas palabras: "Dichosos si imitando el ejemplo que nos han dado los Estados Unidos logramos adoptar una forma política fundada en la equidad, que nos haga dignos de aliarnos con esa gran república".

Las instrucciones dadas por José Artigas a los delegados oficiales del Uruguay a la asamblea constituyente de Buenos Aires, el 13 de abril de 1813, basábanse en el sistema confederado de Estados Unidos. Artigas, según explicó mucho después, tomó de modelo a la república del norte en su deseo de proveer a las provincias del Plata la forma autonómica de gobernarse.

El 6 de septiembre de 1815, en su Carta de Jamaica, Bolívar alaba "los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte". Esa nota la acentúa, el 15 de febrero de 1819, en el Congreso de Angostura.

El 19 de julio de 1817 desembarca en Baltimore, Maryland, Don Manuel Hermenegildo de Aguirre, bisabuelo materno de Victoria Ocampo. (Tardó cincuenta y nueve días en hacer su viaje.) En nombre de San Martín, Pueyrredón y O'Higgins, Aguirre va a pedir a Monroe el reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

En 1823 llega a Boston aquel a quien Gertrudis Gómez de Avellaneda llamó "cisne peregrino"; el mismo a quien Martí habría de proclamar "primer poeta de América": José María Heredia. Y al cantar-

le al Niágara, daríale voz universal a la lírica del Nuevo Mundo: que su oda ha sido vertida a todos los idiomas modernos. Y con ser tan reveladora de un aspecto de la naturaleza nórdica, no deja de ser entrañablemente de su propia tierra mediante la alusión evocadora al paisaje antillano.

Es también en 1823 cuando el venezolano Andrés Bello, con acento americano, aboga por independizar al Nuevo Mundo no sólo política, sino intelectualmente: semilla que ya había sembrado en el norte, con mano nueva, desde 1783, Noah Webster: America must be as independent in literature as in politics.

Cuando el ecuatoriano José Joaquín Olmedo glorifica a Bolívar en La victoria de Junín, rinde especial tributo a Estados Unidos; y destaca singularmente a la figura de Washington:

y el pueblo primogénito dichoso
de libertad, que sobre todos tanto
por su poder y gloria se enaltece,
como entre sus estrellas
la estrella de Virginia resplandece,
nos da el ósculo santo
de amistad fraternal.

Ganadas ya las guerras de independencia, se confirma, una y otra vez, el inevitable balbuceo entre las recién nacidas nacionalidades sureñas. Pero en más de una encontramos a los patriotas ansiosos de forjarles un porvenir sólido y claro, mirando hacia la república del norte que también sufrió crisis de difícil reajuste. Así, por ejemplo, el coronel Manuel Dorrego quien, después de vivir exilado en Estados Unidos y al regresar a Buenos Aires, abogó, ardiendo, por el sistema federal en la Asamblea Comstituyente de 1825.

Descontados San Martín y Bolívar, un poeta romántico, el ar-

gentino Esteban Echevarría, fue de los primeros en ver, con agudo sentido de la realidad, que el gran pensamiento revolucionario no había triunfado aún. Y observó, sincero: --Somos independientes, pero no somos libres.

En 1855 otro de los ilustres proscritos, Juan Bautista Alberdi, visitó a Estados Unidos. Entre las consecuencias de su conocimiento de este pueblo debemos recordar palabras suyas a propósito de la instrucción pública:

El idioma inglés, como idioma de la libertad, de la industria y del orden, debe ser aún más obligatorio que el latín; no debiera darse diploma ni título universitario al joven que no lo hable y escriba. Esa sola innovación obraría un cambio fundamental en la educación de la juventud. ¿Cómo recibir el ejemplo y la acción civilizadora de la raza anglosajona sin la posesión general de su lengua?

En 1841 la poetisa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda escribe su soneto a Washington a quien coloca sobre Napoleón:

Miró la Europa ensangrentar su suelo . . .
al genio de la guerra y la victoria . . .
Pero le cupo a América la gloria
de que el genio del bien le diera el cielo.

Ahora encontramos en nuestro panorama a quien decía haber recorrido "todo lo que hay de civilizado en la tierra". Esa sola palabra, "civilizado" --que no se le caía ni de la lengua ni de la pluma en su empeño de dejar tras sí "un rastro duradero en la educación"-- avisa que hablamos de Domingo Faustino Sarmiento. También proscrito de la Argentina, refugióse en Chile cuyo Gobierno le supo acoger como educador, confiándole el estudio de sistemas pedagógicos en el extranjero que pudieran ser aplicables a su regreso. En 1847 llega por primera vez a Estados Unidos. Boston es

poderoso imán que atrae a su impetuosa voluntad. Porque de allí salió Benjamín Franklin --cuya Autobiografía, junto a la Biblia, recomendaba Sarmiento para toda escuela--; porque allí vivía su modelo en disciplinas didácticas, Horace Mann; y, sobre todo, porque allí fue promulgada aquella famosa ley de 1676 que hacía compulsoria la instrucción pública y apertrechaba a la humanidad para la lucha por la vida. Entre 1865 y 1868 Sarmiento se halla otra vez en Estados Unidos. No anda entonces en misión chilena. Representa, como ministro plenipotenciario y enviado extraordinario, a su propia Argentina. Dinámico siempre, no se confina dentro de sus funciones oficiales en Washington. Dedicaba buen tiempo a viajar ampliamente por la nación; a estudiar sus leyes e instituciones; a mezclarse, curioso, con sus habitantes. Promete dar a conocer a Estados Unidos en la Argentina; y hace que la Argentina sea conocida dondequiera que va él. Esfuérase en que las relaciones entre ambos poderes sean constructivas y gratas. Y cuando, en aquel mismo año de 1868, vuelve a su patria --ya electo para presidirla-- recuerda que viene de un pueblo donde la instrucción pública ha logrado establecer la verdadera democracia. Esto lo afirma luego de haberse familiarizado con Francia, España, Italia, Alemania, Austria y el Norte de Africa. Por eso puede escribir Sarmiento, en el prólogo-dedicatoria dirigido a la viuda de Horace Mann, que precede a Conflicto y armonías de las razas en América: "Es no poca ventaja para un sud-americano haber, como yo, cambiado de lugar tantas veces, a fin de poder contemplar su propio país bajo (sic) diversos puntos de vista". Y el párrafo con que cierra ese libro, concluye así: "No detengamos a los Estados Unidos en su

marcha; es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos".

Además de Sarmiento, en el siglo xix, sobresalen otros cultivadores del interamericanismo. Ahí están, verbigracia, Eugenio María de Hostos, de Puerto Rico, y el cubano José Martí.

Hostos, abnegado, íntegro, sabio, con fe en el porvenir del Continente. Versado en la vida de los fundadores de Estados Unidos así como en la historia, el derecho constitucional y las instituciones cívicas de aquel pueblo. Leía concienzudamente el inglés, según lo evidencian sus inmortales ensayos acerca de Romeo y Julieta y de Hamlet. Animado por el más elevado espíritu de servicio público, anduvo por las Américas, conociéndolas y amándolas; despertándolas al culto de la justicia y de la verdad con el magisterio de su enseñanza y con el ejemplo de su virtud.

Nadie como Martí supo --vigilante siempre-- ocuparse tan extensamente, y a la vez con tan minucioso intensidad, de los procesos del hemisferio, cualquiera que fuese su patria, cualquiera que fuese su disciplina, cualquiera que fuese su lengua. Todos quedaron abarcados entrañablemente por él. Y todos hallaron en él la expresión particular del pintor primoroso y exacto que reproduce no sólo la fisonomía de sus retratados, sino su estado de alma y el carácter revelador de su naturaleza sobre el fondo adecuado en perspectiva y ambiente.

En 1882, en sus Siete tratados, el ecuatoriano Juan Montalvo trazó su paralelo entre Washington y Bolívar. Y aquel que, según

José Enrique Rodó, tuvo "la religiosidad literaria", hace una sutil observación acerca de los grandes hombres del siglo xviii en Estados Unidos cuando escribe:

. . . en faltando su caudillo, cien Washingtons se hubieran presentado al instante a llenar ese vacío, y no con desventaja. A Washington le rodeaban hombres tan notables como él mismo, por no decir más beneméritos: Jefferson, Madison, varones de alto y profundo consejo, Franklin, genio del cielo y de la tierra, que al tiempo que arranca el cetro a los tiranos, arranca el rayo a las nubes . . .

En Chile se le suman a Egaña, más tarde, dos hispanoamericanos ilustres en su justipreciación de Estados Unidos: José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao.

Lastarria: liberal, razonador y positivista. Conciencia que repugnaba las conciliaciones doctrinarias, no escribió para agradar a nadie. Perseguido político, tuvo que desterrarse a Perú. Y a su retorno a Chile mantuvo intactas sus ideas sociales --disolventes de la ignorancia y la indolencia de las masas. Fué menester del curso de no pocos años --desde su muerte acaecida en 1888-- para que se conociera la vida de Lastarria. A estimar su obra acudieron, entre otros, Ricardo A. Latcham y Domingo Melfi.

Creylene en que la luz del porvenir brillaría mejor en nuestro hemisferio que en el Viejo Mundo, Lastarria aceptaba la inmigración siempre que los europeos se confundieran con los de su patria de adopción: como sabía él que ocurre en Estados Unidos. Estudiante de la historia del pueblo de Washington, llamó con el nombre del libertador a su propio hijo. Y no favorecía la idea de la formación de una liga de naciones hispánicas si habría de ser para oponerla a los anglosajones: idea que juzgaba falsa, perniciosa y absurda.

El racionalista Bilbao sabe también del ataque en su propia patria. Pero encuentra asimismo en ella una pluma generosa, la de Eduardo de la Barra, que sale a la defensa de la inteligencia, de la limpieza de intención y del carácter íntegro de aquel. Y Bilbao señaló oportunamente que "la libertad de pensar, como derecho ingénito, como el derecho de los derechos, caracteriza el origen y desarrollo de la sociedad" de Estados Unidos. Compara así la revolución de las Trece Colonias con la de las españolas del sur:

Esos puritanos, o sus hijos, han presentado al mundo la más bella de las constituciones, dirigiendo los destinos del más grande, del más rico, del más sabio y del más libre de los pueblos . . . Esa nación ha dado esta palabra: self-government, como los griegos la autonomía; y lo que es mejor, practican lo que dicen, realizan lo que piensan, y crean lo necesario para el perfeccionamiento moral y material de la especie humana.

La objeción de Lastarria a una liga de naciones hispánicas para situarla frente a Estados Unidos, demuestra ya la existencia, en parte de la opinión pública sureña, de un movimiento de reacción contra la otra América. El hecho, en verdad lamentable de que Estados Unidos no acudiera, en 1826, al Congreso de Panamá y de que los delegados de Washington no llegaran a participar en él, fue interpretado por algunos como negativa a colaborar en una política de Estados americanos. Habría, no obstante, que hacer cuatro aclaraciones imprescindibles. Primera: que Bolívar no incluyó a Estados Unidos en la invitación inicial del 7 de diciembre de 1824, enviada desde Lima, a Brasil, la Plata, Chile, Colombia, la América Central y México. Segunda: que fue al insistir el General Santander cuando, más tarde, se pidió a Estados Unidos que concurriera. Tercera: que de los pueblos hispanoamericanos mismos sólo cuatro estuvieron presentes en Panamá. Y,

cuarta: que las repúblicas cuyos representantes convinieron en un plan de confederación abstuvieron de ratificarlo oficialmente.

Tal precedente explica, acaso, la falta de éxito del Congreso convocado en la Ciudad de México el 10 de agosto de 1896 por otra de las figuras máximas del hemisferio, el ecuatoriano Eloy Alfaro, buen amigo de Juan Montalvo.

Como De Hostos, Alfaro había recorrido las Américas. Argentina, Brasil, Chile, Estados Unidos, Perú, Uruguay, Venezuela, además de la América Central y México, entraron en su ruta de cruzado. Comprendió pronto el alcance del panamericanismo bien entendido. Y lo sirvió apostólicamente: restableciendo por medios pacíficos las relaciones amistosas entre El Salvador, Guatemala y Honduras; abogando ante la Reina María Cristina de España por la libertad de Cuba; olvidando las divergencias que dividen, en su esfuerzo de unir humanamente a las naciones del Nuevo Mundo; poniendo en función, en su propia tierra --hasta padecer finalmente el martirio-- los altos valores de la honradez personal, de la ejemplaridad ciudadana y de la democracia política. Los propósitos del Congreso fomentado por él eran "discutir y decidir proposiciones relacionadas con el progreso y el bienestar de los Estados Americanos, basadas en justicia y fraternidad y en el Derecho Político de las Américas". Sólo concurrieron Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México y Nicaragua. Más que al de Panamá de 1826, pero

no una mayoría.

Tratando de interpretar el resultado del Congreso, escribió, entre otras cosas, Don Francisco Pi y Margall: "No habrá parecido bien a muchas repúblicas, ni que haya tomado la iniciativa el Ecuador, ni que se haya elegido para la reunión la capital de México".

Con esta última gran república se relaciona lo que, históricamente, ha de llevarnos a una época anterior al congreso de Alfaro.

Triunfante en ella el federalismo, y promulgada su nueva constitución, en octubre de 1824, esa constitución --excepto en sus disposiciones de carácter religioso-- estuvo inspirada en la de Estados Unidos. Cuatro años más tarde, empero, los mexicanos censuraban vigorosamente a Joel Poinsett, ministro de Estados Unidos. Acusábanlo de intervenir indebidamente en los problemas internos de México. Y una de las demandas de los revolucionarios de 1828 fué la expulsión de Poinsett. Apenas empezaban entonces las desavenencias entre la tierra de Hidalgo y la de Washington.

Pocos años antes un ciudadano de Estados Unidos, Moses Austin, obtuvo autorización del gobierno mexicano para establecer trescientas familias anglosajonas en Texas. Las condiciones del acuerdo disponían que todos los miembros de esas familias debían ser católicos y que todos se harían ciudadanos de México. Antes de una década había ya más de 20,000 estadounidenses en

el norte de México después de entrar ilegalmente por Texas. En 1834 Antonio López Santa Ana se hace dictador de México. Pronto revisa los títulos de los terratenientes texanos para confiscar los inválidos. Ordena allí el cobro de todos los productos importados de Estados Unidos. Y envía tropas a Texas. Stephen Austin, hijo de Moses, va como emisario a la Ciudad de México para discutir la situación. Lo arrestan y encarcelan.

Pasemos a otro ángulo del problema. Desde el 1810 había proclamado Miguel Hidalgo la abolición de la esclavitud. Es un hecho aceptado ya que las repúblicas del sur tomaron la iniciativa en la emancipación del negro. Y pese a que la esclavitud estaba prohibida en México, numerosos pobladores oriundos de Estados Unidos fomentaron y retuvieron su comercio en el territorio mexicano de Texas.

En febrero de 1836, Santa Ana, al frente de 3,000 hombres, arrolló a menos de 200 estadounidenses en el fuerte del Alamo. Sólo un puñado de estos sobrevivió. Ese día nació un grito de combate: "¡Recordad el Alamo!" El 2 de marzo de 1836, Texas adoptó su declaración de independencia. El 21 de abril el ejército texano, conducido por Sam Houston, sorprendió a Santa Ana en San Jacinto. Los mexicanos perdieron 400 hombres, tuvieron 200 heridos y 731 les cayeron prisioneros. Santa Ana mismo contó entre los últimos. Y Sam Houston se opuso a que lo ejecutaran, perdonándole la vida. Texas se constituyó en república independiente. Su primer vicepresidente

fué un escritor y orador mexicano, Lorenzo de Zavala, quien intervino en la declaración de la independencia.

En 1845 no era un secreto que el Gobierno de Estados Unidos aspiraba a expandir sus fronteras hacia el sudoeste. México habría de ser forzado a la guerra que comenzó al año siguiente. Y fue una guerra tan impopular en los propios Estados Unidos, que fracasó el reclutamiento de voluntarios.

He ahí la reacción de la conciencia nacional.

Ulysses Simpson Grant, futuro presidente de la república, era entonces teniente en el ejército; y condenó aquella guerra como "una de las más injustas que nunca emprendió el fuerte contra el débil". Thoreau, el notable escritor de la Nueva Inglaterra, manifestóse tan violentamente contra la política oficial, que fué arrestado: Emerson, Daniel Webster, John Quincy Adams, Calhoun, Henry Clay, Robert E. Lee --entre otros próceres de Estados Unidos en diversos campos de la cultura, del parlamento y del ejército-- se produjeron en pugna con la guerra o desaprobaron la actitud del Gobierno. Cuando se presentó ante la Cámara de Representantes la moción de un voto de gracias para la oficialidad de la marina y del ejército combatientes contra México, Abraham Lincoln (otro presidente por venir), entonces diputado por el Estado de Illinois, no se opuso a honrar a los luchadores, pero atacó al primer magistrado ejecutivo, James K. Polk, llamándolo iniciador de una guerra "innecesaria y anticonstitucional".

Historiadores sobresalientes--entre ellos Charles y Mary Beard, W. E. Woodward, James Truslow Adams--coinciden en su anatema del hecho. John D. Hicks, por ejemplo, recuerda que la agresión contra el vecino débil fué criticada como impropia del honor nacional. Aún si hallamos la excepción, Justin H. Smith (en sus libros The Annexation of Texas y The War With Mexico) no es la suya opinión absoluta; pues escribe que Estados Unidos no fué "totalmente responsable del conflicto". Y William Spence Robertson, como si resumiera, concluye que Estados Unidos ganó un vasto dominio, pero excitó los recelos de las naciones latinoamericanas: The United States thus gained a vast domain but aroused the apprehensions of Latin American nations. Y Texas, el territorio desprendido de México, no halló pronta acogida en la Unión, pese a su enorme extensión superficial y a su espléndido futuro. Nueve años vivió como república independiente antes que la dejaran sumarse como nuevo estado de la nación.

¿Será fácil hallar en otros pueblos--cualesquiera que sea su historia, su lengua, su cultura--a un grupo de hombres representativos con el valor cívico y la inteligencia moral de aquéllos, en cuanto a sobreponer la verdad y el sentido de la justicia por encima del "a los tuyos con razón o sin ella": más allá de la política doméstica y de las conveniencias nacionalistas? Sería permisible, en esos otros pueblos, la publicación y la libre circulación y cita de semejantes juicios? Y, aún más, ¿que

las obras donde aparecen sean textos, o libros de lectura suplementaria, en escuelas, colegios y universidades, sin intervención del Gobierno?

Es curioso el comentario del profesor John A. Crow, buen amigo de la cultura de los pueblos al sur del Río Grande, en su obra The Epic of Latin America. Refiérese, primero, a la guerra con México como al mayor atropello cometido por Estados Unidos contra un poder extranjero. Y observa, después: "Sarmiento y Mitre...consideraron la guerra con México a modo de mera disputa fronteriza sin relieve hemisférico." Y recuerda que Alberdi quien escribía sus brillantes ensayos en el destierro de Chile, no dejó que aquella guerra alterara su alabanza y admiración hacia Estados Unidos. Otro tanto--añade Crow--podría decirse de Lastarria y de Bilbao.

También cabe mencionar que cuando Benito Juárez fué aprehendido, al volver Santa Ana al poder en 1853, el patriota mexicano buscó, y halló, santuario en Nueva Orleans, en Estados Unidos. Y, por último, es de rigor histórico no olvidar los conflictos armados que por deslindes fronterizos ha habido entre otros pueblos de nuestro hemisferio--pueblos no siempre iguales ni en su poderío militar, ni en su extensión territorial, ni en su riqueza económica.

Pese a la realidad señalada, algunos han querido ver en la ^{de} Doctrina Monroe un instrumento político sólo ventajoso para la república de su origen. Bastaría recordar el título que

el mexicano Carlos Pereyra dió a uno de sus libros (El mito de la Doctrina de Monroe.) De otra parte hallamos al maestro de los ensayistas de Colombia, Baldomero Sanín Cano, quien aclara que, de no haber existido al norte del Continente un estado poderoso capaz de medirse con las viejas y agresivas naciones de Europa, la paz de nuestro hemisferio hubiera quedado gravemente comprometida.

El sabio estadista brasileño Rui Barbosa, tan estimador de la cultura anglosajona, atribuía a la espléndida lección dada por Estados Unidos el que, por fin, se hubiera emancipado a los esclavos del Brasil en 1888. En cuanto a la Constitución política de Estados Unidos, aseguraba que era el modelo que el Brasil debía emular: porque, fuera de ella, habría que elegir entre la democracia helvética, que no era susceptible de adaptación en tan inmenso territorio, y los mudables experimentos de Francia, opuestos a las condiciones de un pueblo naturalmente inclinado a la confederación de sus estados.

Después de la última derrota militar de España en el Nuevo Mundo y en el Oriente, no fueron pocos los admiradores de la pujanza de Estados Unidos. En cambio, manifestáronse en Hispano América, entre otras, dos voces de protestantes famosos.

El 20 de mayo de 1898, en El Tiempo de Buenos Aires, publicó Rubén Darío su artículo "El triunfo de Calibán". Es de noble amor a España, y de apasionada hostilidad hacia Estados U-

nidos. Previene a las nacionalidades de su lengua que estén a la expectativa ante la amenaza del norte.

Aunque Estados Unidos cometería errores en el futuro, no vió a tiempo Rubén que con la independencia de Cuba nacía, precisamente, una nueva nacionalidad. No adivinó que se prepararía a las Filipinas para la independencia, y a Puerto Rico para la libertad.

El epíteto "Calibán" es de no olvidarse. Porque sólo dos años después--en 1900--aparecería Ariel, del esteta uruguayo. Y en la obra de José Enrique Rodó, la de Estados Unidos es "la más positivista de las democracias" y esa nación puede ser considerada la encarnación del verbo utilitario.

Rodó afirmaba con dogmática elegancia: aunque no conocía a Estados Unidos.

Mientras tanto hallábase en Francia Rubén Darío--maestro ya de Prosas profanas, singularmente elogiado por Rodó.

¿Coinciden entonces uno y otro en su apreciación de la república del norte?

Rubén visita el pabellón de Estados Unidos en la Exposición Universal de París. Escribe luego un artículo, "Los anglosajones", que incluiría en su libro Peregrinaciones. En él alaba a los hijos del "pueblo adolescente y colosal" como agricultores, como maquinistas e industriales, como cultivadores del cuerpo y de la gallardía humana. Y prosigue:

. . . como artistas, ante los latinos que les solemos negar facultad y el gusto de las artes, han presentado pintores como Sargent y Whistler y unos cuantos escultores de osados pulgares y valientes cinceles. . . . No, no están desposeídos esos hom-

bres fuertes del Norte del don artístico. Tienen también el pensamiento y el ensueño. Los hispanoamericanos todavía no podemos enseñar al mundo en nuestro cielo mental constelaciones en que brillen los Poes, Whitmans y Emersons. . . . Los escritores yanquis se parecén menos a los ingleses que los hispanoamericanos a los españoles.

La imagen de Calibán quedó ahí fuera de la mente creadora y de la conciencia estética del poeta inmortal, Pero permanecía en el pensamiento de los lectores de Rodó. Y extendióse más al enturbiarse las relaciones entre Colombia y Estados Unidos por el asunto de Panamá. Ciertó que nació una nueva nacionalidad hispanoamericana. Pero cierto, también, que los procedimientos utilizados por Theodore Roosevelt no sólo lastimaron a Colombia, sino que fueron duramente censurados por parte de la opinión pública de Estados Unidos mismos.

Entonces resurge la figura de Rubén. Es el año 1905 y publica en Madrid sus Cantos de vida y esperanza. En el Prefacio, advierte: "Si en estos cantos hay política, es porque aparece universal. Y si encontrais versos a un presidente, es porque son un clamor continental." Le da el frente a Roosevelt en su oda, escrita en 1904. Sólo dos años después escribía Darío su "Salutación al Aguila": fruto de solidaridad hemisférica en Río de Janeiro: .

Salud, Aguila, extensa virtud a tus inmensos revuelos,
reina de los azules, ¡salud!, ¡gloria!, ¡victoria! y encanto!
¡Que la latina América reciba tu mágica influencia
y que renazca nuevo Olimpo, lleno de dioses y héroes!

Pero el "clamor continental" expresado en la oda prevalecía sobre la bienvenida al ave simbólica. Y si bien el mismo poeta, en su "Epístola" a la señora Lugones, afirma que panameri-

canizó "con un vago temor y con muy poca fe", también sabemos --por su artículo "Roosevelt en París", de Todo al vuelo-- que llegó a considerar al ex-presidente como "Maravilloso ejemplar de humanidad libre y bravía!"

Aún más; en otro artículo--esta vez acerca de Manuel Ugarte--recopilado en el libro Cabezas, escribe el nicaraguense: "Yo mismo, hace ya bastante tiempo, lancé a Mr. Roosevelt, el fuerte cazador, un trompetazo, por otra parte, inofensivo". Y por último, en su poema "Pax"--escrito en Nueva York en 1915-- cantó así Rubén Darío:

Paz a la inmensa América. Paz en nombre de Dios.
Y pues aquí está el foco de una cultura nueva,
que sus principios lleve desde el Norte hasta el Sur,
hagamos la Unión viva que el nuevo triunfo lleva:
The Star Spangled Banner, con el blanco y azul

Mas aquel Roosevelt "cuyo gigantismo y cuyas travesuras causan la natural inquietud en el vecindario"--y la frase es igualmente de Rubén--había despertado protestas de largo alcance en la América española.

Francisco García Calderón refirióse a lo que llamó el peligro norteamericano, asegurando que era temido en todas partes. Otro peruano inolvidable, José Santos Chocano--quien después habría de ufanarse de su amistad con el Presidente Wilson-- escribe, antes, "La epopeya del Pacífico". Allí previene:

Desconfiemos del Hombre de los ojos azules, pero revela su admiración por Estados Unidos mediante un consejo:

Y la América debe, ya que aspira a ser libre,
imitarles primero e igualarles después.

El ya nombrado Manuel Ugarte llama a Estados Unidos la Nueva Roma. Pero aclara: "Odiar a los Estados Unidos, es un sentimiento inferior que a nada conduce. Despreciarlos, es una insensatez aldeana". Y después, expresa: "Resultaría locura deseñar la ruina de los Estados Unidos, dado que al punto a que han llegado las cosas, esa ruina sería la señal de nuestra catástrofe".

El mexicano José Vasconcelos reconoce " que fué una desgracia no haber procedido con la cohesión que demostraron los del Norte: la raza prodigiosa a la que solemos llenar de improperios"

Después de la "Salutación al Aguila" otros pueblos del hemisferio occidental halláronse en dificultades con Estados Unidos: Haití, la República Dominicana, Nicaragua, Honduras, México. En otras palabras: Wilson no hizo que se olvidara al primero de los Roosevelts.

Habría que decir, asimismo, que las relaciones entre no pocos pueblos hispanoamericanos, independientemente de Estados Unidos, tampoco fueron felices. Ya el 1° de noviembre de 1873, en carta pública desde Buenos Aires a La Opinión de Talca, escribía Eugenio María de Hostos:

. y acontece que, por cuestión de límites, es decir, por cuestión de vacío, media América latina se olvida del presente, que debe ser trabajo, y del porvenir, que debe ser unión en el trabajo, para armarse, para guerrear, para batirse en duelo fratricida.

En 1922, durante la Administración de Warren G. Harding, la república de Colombia y la de Estado Unidos, que pagó una indemnización de \$25,000,000 , que pusieron término oficial a sus pasadas desavenencias.

El Presidente Hoover ordenó la salida de los infantes de su Marina de Port-au-Prince y de Managua.

Franklyn D. Roosevelt acentuó la Política del Buen Vecino.

Después, reunidos los Estados Americanos en Chapultepec y concertados más tarde con otros poderes internacionales en San Francisco, hicieron inolvidable progreso en la fomentación de intereses y responsabilidades comunes. El Tratado de Río de Janeiro, firmado en 1947, da mayor validez a la Doctrina de Monroe al afirmar que un ataque a cualquiera de las repúblicas americanas se considerará como un ataque a todas ellas. En 1952 el Pueblo de Puerto Rico quedó constituido en Estado libremente asociado a Estados Unidos, luego de aprobarlo así mediante el sufragio universal y de ser sancionado, de mutuo acuerdo con Estados Unidos, por las Cámaras en Washington y por el Presidente Truman.

Uno de los primeros aciértos del Presidente Eisenhower fué delegar en su hermano Milton, rector de la Universidad del Estado de Pennsylvania, la dirección del grupo oficial que visitara a diez repúblicas del sur--en viaje de 20,000 millas--para estudiar los problemas que afectan a todo el Continente americano. Poco después el primer magistrado mismo unióse al de México, en tierras fronterizas, para inaugurar un proyecto hidroeléctrico provechoso a las dos naciones.

A poco de iniciar su Gobierno el Presidente José Antonio Remón de Panamá, estuvo en Washington a exponer las aspiraciones de aquel pueblo en sus relaciones con el del norte. Resultado de sus conferencias en la Casa Blanca es la revisión constructivas que de aquellas se ha hecho, y que no pudo firmar su propio promotor, ya asesinado cuando, el 25 de enero de 1955, los representantes de una y otra república signaron en la del istmo "un tratado de entendimiento y cooperación mutuos". A consecuencia del mismo, el cánón anual de arrendamiento por Estados Unidos a Panamá aumentó de \$430,000 dólares a \$1,930,000. Panamá podrá cobrar impuestos sobre ingresos a los empleados de los órganos de la zona del canal que sean panameños y a otros que no sean ciudadanos norteamericano, residentes en territorio de aquella jurisdicción. Se traspasan a Panamá, con las mejores correspondientes, tierras, previamente adquiridas para la zona del canal. Y se restringen los privilegios de importación y de "comisariato" para los empleados del canal que no son norteamericanos y no residen en la zona, además de abrogarse el monopolio establecido con respecto a la construcción de ferrocarriles y carreteras transítmicos.

La misma Administración de Eisenhower ha hecho, entre otros, un empréstito a Bolivia, adelantándole alimentos y dinero en efectivo. En Carácas, el 13 de marzo de 1954, aprobóse la resolución que es hito en el camino a seguir nuestro hemisferio. Su cumplimiento lo salvará de las intervenciones del comunismo cuya presencia sería incompatible con la paz individual y colectiva, con la seguridad personal y con la libertad de las Américas.

Merced a la pronta y eficaz intervención de los delegados de la Organización de Estados Americanos, en enero de 1955, y tal como declaró su secretario general, el chileno Carlos Dávila, "la guerra en la América Central ha sido evitada" al reconocer que Costa Rica había sido bombardeada por aviones procedentes del extranjero. Las relaciones entre ésta y una de las repúblicas vecinas mejoraron aún más gracias a los buenos oficios del vicepresidente de Estados Unidos, Richard Nixon, quien en febrero-marzo de 1955 hizo por buena parte de la región del Caribe uno de los viajes más fructíferos de acercamiento entre los pueblos americanos.

Desde el 1928 hasta 1953, sabemos que el 75% de los estudiantes de la América del Sur que se prepararon fuera de sus respectivas naciones lo hicieron en Estados Unidos. Y en la república del norte--donde aumenta la matrícula escolar en la lengua portuguesa--la española es la predilecta entre todas las extranjeras.

No olvidemos, de otra parte, la cantidad de obras sobresalientes--por su noble desinterés y su espléndida calidad--que en el campo de la historia, de la arqueología, de la geografía, de la sociología, de la economía, de la arquitectura, de la pintura, de la literatura hispanoamericanas-- que provienen de colegios, universidad y fundaciones de Estados Unidos.

Las fallas de Ayer deben servir para evitar Mañana su repetición: no para mantener resentimientos que debilitan y que destruyen. Sobre todo en hora de crisis universal, cuando el Anticristo corre desbocado y quiere darle al César hasta lo que es de Dios por ser patrimonio del alma. En cambio de lo cual, ni siguiera cuando somete a un pueblo

tan industrializado como el de Alemania-- según se comprueba en la zona oriental de esa nación--provee pan y seguridad para el cuerpo ni libertad para el trabajo y la vida y el espíritu.

Empresas como las de sanidad y salud pública llevadas a feliz término en Panamá entre americanos de diversas procedencias; servicios como los prestados a más de una república por iniciativa de la Fundación Rockefeller; experiencias como la de la Organización de Estados Americanos al actuar diligentemente como instrumento preventivo de pugnas internacionales, prueban hasta dónde puede mejorarse al ser humano cuando actuamos a conciencia de que el beneficio de uno es el beneficio de todos. (*)

Movidos por ejemplos así; enterrando complejos, de una y otra parte, que tanto dañan; mirándonos con limpieza y apoyándonos en la mutua estimación para completarnos, disminuirémos la pobreza material; aflojaremos la tensión psicológica que angustia al mundo; y salvaremos para la humanidad el espíritu cristiano de nuestra civilización.

(*) En 1955 Estados Unidos ha firmado convenios con varios pueblos hispanoamericanos estableciendo la colaboración recíproca en la investigación de los usos pacíficos de la energía atómica.